

EL FENIX,

PERIÓDICO UNIVERSAL, LITERARIO Y PINTORESCO.

En Valencia : 4 números 5 rs. —
12 id. 15. — 24 id. 28. — 48 id. 54.

Núm. 3. — Tomo 1.º — Domingo 19 de Octubre de 1845.

En Provincias : 4 números 6 rs. —
12 id. 18. — 24 id. 34. — 48 id. 66.

LOS CONDOTIERI.

Cuando la Italia acabó de hundirse bajo el peso de los carros de batalla en que eran conducidos los bárbaros conquistadores del Norte; cuando el hermoso Lacio dejó perder del todo su lengua, sus recuerdos de gloria y el inmenso poder que abrazaba todo el ámbito del mundo conocido entonces; y la Europa, empeñada en llevar la guerra á los desiertos del Sinaí, sepultaba en los campos de la Palestina á centenares las generaciones, para plantar sobre los muros de Jerusalem el estandarte de Godofredo; la Italia, dividida en numerosas y pequeñas repúblicas, presentaba el espectáculo de un pueblo, que reconocia un mismo origen, hacerse una guerra mortífera, guerra sin treguas, que era tanto mas sangrienta, cuanto era uno mismo el instinto de

los peleadores. Las disensiones de las poderosas familias cundian entre la mas baja plebe, y el poder feudal por una parte, la suspicacia de sus patricios por otra y la inmoralidad del pueblo soez destruian aquel pais donde cada campo es un recuerdo, cada piedra un monumento, cada escombro una leccion altamente importante. Enemigas entre sí aquellas pequeñas repúblicas, y cuando nuestro almirante valenciano (1) Roger de Lauria amenazaba desde las faldas del Etna invadir las costas poéticas de Nápoles y la Romania, se hallaban establecidos en Italia unos cuerpos de tropas que, semejantes á los modernos regimientos suizos, entraban al servicio de los pueblos beligerantes. Formábanlos los hombres que, ó por falta de ocupacion, ó por el instinto militar que entonces era el único medio de crear una fortuna, no se hallaban bien en el retiro de sus hogares; porque el pi-



llage en unos, la ambicion en otros y el movimiento continuo de que todos participaban en aquellos siglos de combates, no permitian á ninguno entregarse á las dulzuras de la paz y del quietismo de los pueblos industrioses ó mercantiles. Estos cuerpos, pues, asalariados, llamados *Condotieri*, servian ya á uno, ya á otro príncipe, segun la mayor ó menor recompensa; formaban su guardia, perseguian á los bandoleros ó malhechores durante la paz, y eran los primeros en invadir un territorio enemigo durante la guerra. Sus gefes, soldados de fortuna, pero que solo ocupaban este rango despues de haber acreditado en cien batallas un valor á toda prueba y una audacia sin limites, solian tambien as-

pirar á los mas altos destinos del pais al que servian, consiguiendo de grado ó fuerza los mas encumbrados puestos en el gobierno. Así en tiempo de Juana II de Nápoles, y en otros puntos, se vió á uno de estos gefes coligarse con los descontentos, ponerse al frente de una revolucion y obligar al soberano á transigir con sus ridículos caprichos. Amigos, mientras se les pagaba bien, revoltosos y aun crueles, cuando se les agraviaba, estos soldados, cuya ferocidad hacia

(1) Llamamos valenciano á este célebre marino por haber sido heredado en este reino donde vivió hasta su muerte, despues de sus dilatados años de servicios. — Véase la historia de Valencia por D. V. Boix, tom. 1.º

terrible su mismo aislamiento, tenían unas costumbres análogas al sistema de vida que seguían. Solitarios, toscos, taciturnos y casi salvajes, como los almugabares que contaban en sus ejércitos los reyes de Aragón, vivían apenas en poblado: ocultos algunas veces entre las ruinas de un templo antiguo, allí tenían su familia, allí sus amores, allí sus recuerdos juveniles, allí sus penas, allí sus alegrías también. Extraños á la civilización y á la galantería de los nobles paladines que en aquella época se disputaban el amor de las damas en las justas y la gloria de su lanza en las batallas, acometían las más áridas empresas, sin mote en sus escudos, sin plumas en sus cascos; pero con un valor incansable, con una audacia imponente, con un brio portentoso. De noche sus sorpresas eran terribles; su sombra era precedida por el terror. Alguna vez ostentaban virtudes dignas del más bizarro caballero; alguna vez se veía á uno de estos guerreros rudos y feroces derramar alguna lágrima, pero sola una lágrima á la vista de una madre condenada á la hoguera por bruja, ó por una amante que creía encontrar bajo aquellas formas toscas y atléticas una alma elevada, una alma digna de ser amada. La historia de la Italia moderna ofrece rasgos maravillosos de crueldad y de elevación, de bajeza y de carácter, de crímenes y de virtudes con que se distinguieron los condottieri, que lo mismo vertían su propia sangre defendiendo su raza principios diversos y diferentes intereses, que derramaban la agena cuando era preciso comer y emplear para ello la espada ó el puñal. Acometían como el tigre ó el león: soldados unas veces y otras asesinos, unos recibieron laureles, otros cayeron bajo el hacha de los verdugos. Cuando los pueblos conocieron su verdadera posición, dejaron morir esta raza que aun ha revivido en formidables cuadrillas de bandoleros que les reemplazaron. — V. B.

COSTUMBRES.

LA ACTRIZ.

(Conclusion.)

Dejadla, pues, comer lo que tenga y donde lo tenga, que no cubrirán por cierto su mesa ni manteles alemanes, ni platos de Sepres, ni cubiertos de Martínez, y volved á verla á la noche en el teatro que es su templo, ó en el cuarto de vestir que es su casa. Pero os encargo el mayor cuidado al dirigiros á este sitio. En semejantes horas son los vestuarios de todos los teatros una verdadera Babilonia, son las herrerías de Maremma, son las fábricas de Manchester. ¡Desgraciados de vosotros si os deteneis debajo de los *arroges*, porque os vereis despachurrados con el enorme peso de un par de gazaños, que sin decir agua va, han descendido sobre vosotros asidos á una cuerda desde lo alto del telar! ¡desgraciados de vosotros si no os apartais á un lado cuando oigais gritar! *Casa blanca*, *selva corta* ó cualquiera otro de los nombres de las decoraciones, porque os encontrareis cuando menos lo penseis con el barrote de un telón sobre vuestras costillas. Esquivad de la mejor manera posible los *precipicios* que á cada paso hallareis abiertos á vuestros pies, sino quereis dar con vuestra humanidad en las profundidades del foso; evitad también los empujones que os darán los descompensados *comparsas*, y llegareis felizmente al cuarto de nuestra heroína.

No es la misma muger de esta mañana, me direis, ¡qué transformación tan maravillosa! En efecto, teneis mucha razón. Pero tended la vista sobre aquella mesa y admirad de los prodigios de la química. ¿Veis en aquel pomo una hermosa pomada roja? pues con ella ha coloreado sus labios y

sonrosado sus mejillas.... ¿Veis relucir menudos polvos en aquella caja azul? pues con ellos ha embellecido su cutis y blanqueado su garganta. ¿Veis en aquel platillo de porcelana un delgado pincel de meloncillo? pues con él ha poblado sus cejas y sombreado sus pestañas. ¿Y veis en fin aquellos artificiosos *miriñaques* y aquellas *blandas almohadillas* esparcidas aquí y allí? pues los unos y las otras han servido para.... para.... Ya podeis adivinarlo. Empero esa muger os parece ahora hermosa, ¿es verdad? La luz de las bugías y el deslumbrante brillo de las preceas que la engalanan han dado un nuevo encanto á su rostro.

Miradla sentada delante de un espejo dando la última mano á su tocado. Y si el cuarto donde se halla no fuese tan mezquino, si los muebles que lo decoran no fuesen tan pobres y miserables, parecería una reina ante su corte. A la manera que aquella recibe con benevolencia los holocaustos de sumisos palaciegos, recibe nuestra actriz amable y cariñosa las oblações de sus adoradores. A todos saluda, á todos contesta, con todos sostiene animada y picante conversacion. Pero la hora ha sonado y la importuna voz del *autor* se ha dejado oír: es preciso, pues, descender del solio á la escena, y cumplir con un deber penoso. Hasta las mismas *cajas* suele ir acompañada de los más rendidos de sus amigos, porque hasta allí únicamente han podido acompañarla. Dentro de un instante ya no pertenece á ellos, pertenece al público, y éste no suele las más veces respetar lo que aquellos respetarian. Sin embargo, esta muger que os ha parecido frívola, distraída, poco entusiasta de su arte, suele tener lúcidos intervalos y arrancar con justicia prolongados aplausos de los espectadores. Cuando acontece uno de estos felices accidentes, la más inesplicable alegría brilla en los ojos de aquella muger, nada es comparable al placer que experimenta, y una mirada de triunfo que dirige entonces á su auditorio, manifiesta suficientemente el orgullo que la embriaga. Desgraciada si por el contrario han sido mal acogidos sus esfuerzos, una loza pesada oprime su corazón y las lágrimas empañan sus ojos.

Concluyó la comedia y aun no ha sido desocupado el teatro por los más perezosos de los concurrentes, cuando la muger de quien hablamos se despoja de sus galas cual otra Magdalena arrepentida, pero sin sus piadosas intenciones. La seda, los terciopelos y los rasos han sido guardados en la *canasta*, el agua y la *Cold cream* han limpiado su cara; la ilusión ha desaparecido completamente. Ya no es la duquesa de tal, ni la baronesa de cual que deslumbraba poco hace con su artificiosa belleza y sus contrahechos adornos, es la actriz fulana que envuelta otra vez en un pañolón ó capa y apoyada en el brazo de su amante ó marido, si lo tiene, se traslada de nuevo á su humilde hogar á descansar de los trabajos del día. Vuelven en el siguiente á repetirse con corta diferencia las mismas escenas que en el anterior, y así sucesivamente van corriendo los meses y los años hasta que una vejez anticipada pone fin á sus tareas bien contra su voluntad. En este caso, ó disfruta en el interior de su casa de la escasa jubilación que pudo alcanzar, si trabajó algún tiempo en los teatros de la Corte, ó busca un asilo contra la indigencia en las mezquinas utilidades de una plaza de *portera* ó *acomodadora de cazuela*. Su suerte no es entonces tan precaria, desde aquel *elevado* puesto saborea algunas veces los recuerdos de sus pasadas glorias, y las refiere á las bondadosas abonadas, que tienen la paciencia de escucharla en recompensa de los servicios de *varias clases* que suele prestar.

Esta en lo general es la vida de una actriz, vida que ha tenido como la mayor parte de las cosas de su período ascendente y descendente, y que termina como en todas las personas con la muerte. Tuvo esta muger si se quiere algunos momentos de felicidad, pero ¡cuán fugaces y pasajeros!

miradla en cambio arrastrar su caduca existencia cargada de años y de *deudas* caminando lentamente hacia el sepulcro, último refugio del desgraciado. Esta es la muger que como ha dicho recientemente un autor francés: «es un ser excepcional que aspira á todo lo que es bello, á todo lo que es rico y noble, á todo lo que es grande, pero que nada puede conseguir por lo mismo. Muger desgraciada á quien no falta sino el dinero para ser rica, un título para ser noble, un carruaje para andar en coche y virtud para ser buena.»

Aquí terminaríamos este artículo y nadie podría acusar nuestra conciencia de escritores por haber delineado á nuestro tipo con toques demasiado exagerados, porque por desgracia es verdad cuanto dejamos dicho. Pero no acabaremos el cuadro sin presentar en posicion diversa á la misma figura que hemos bosquejado. Este nuevo retrato, no menos exacto que el anterior, aunque con escasos modelos, nos consolará del disgusto que el otro ha dejado en nuestro corazon. Actriz es tambien de la que vamos á ocuparnos, y como ella comienza su carrera rodando por los vestuarios de los teatros, pero hay talento en su cabeza, fuego en su corazon, constancia en su alma, y devorada de un noble deseo de gloria, oye, observa, aprende los secretos de su arte, y de simple muger que es se convierte bien pronto en distinguida y sobresaliente actriz. El entusiasmo y la admiracion la acogen en todas partes donde se presenta, y su carrera es una carrera triunfal. Habita una casa suntuosa, viste elegantes prendas, un carruaje la conduce y su cuarto es el divan de una sultana. Todos los dias se repite su nombre con aplauso, todos los dias la arrojan cien coronas á sus pies, todos los dias recibe un nuevo holocausto del público que la adora. Hé aquí recompensados dignamente la aplicacion y el talento. Esta muger es dichosa, me direis. Sin embargo, levanta la plancha de oro que la cubre y hallareis que no es exacto vuestro juicio: detrás de esos placeres está el fastidio, la melancolía; detrás de esos goces está la ansiedad, la agitacion; detrás de esos triunfos está el trabajo, y detrás de ese lujo está muchas veces la pobreza. Envidia á esa muger, sí, envidiadla cuando la veais en medio de sus triunfos de artista; nadie puede gozar tanto como ella; ningun corazon latirá con mas fuerza que el de ella en aquellos venturosos momentos. Pero compadecedla cuando para el estudio de sus papeles tiene que robar al sueño algunas horas de reposo, compadecedla cuando algun periodista ignorante lastima imprudentemente su reputacion artistica, compadecedla cuando se presenta por primera vez ante un público desconocido, compadecedla cuando una rival de fortuna la disputa el absoluto predominio de que goza, compadecedla cuando impulsada del deber se ve precisada á ostentar en sus labios una risa que no puede sentir, porque su corazon está despedazado por los celos ó por cualquiera otro pesar doméstico, y compadecedla, en fin, cuando la edad y el tiempo han marchitado su hermosura, han debilitado sus facultades y tiene que abandonar á otra el campo de sus glorias. Nada debe ser comparable á este cruento sacrificio. Sin embargo, si lo hacen con estoicismo y sobre todo con oportunidad, aun le quedan otros goces no menos envidiables en el apacible retiro de su casa, la consideracion que su talento y sus virtudes la han merecido en el mundo. No vivirá en la opulencia, porque entre nosotros aun no están recompensados esta clase de trabajos, y las exigencias son muchas, pero vivirá tranquila y feliz en el seno de su familia, sin otro sentimiento que el de no poder dejar á la generacion futura un recuerdo eterno de su talento. Así es que si la sorprendiesen en su retiro y quisiesen sacarla de nuevo á la escena que voluntaria y decididamente abandonó, puede contestar con orgullosa resignacion como contestó otra actriz en iguales circunstancias: «Ya no debo, amigo mio, esponer mi reputacion á la incertidumbre de una nueva crítica, ¡quién

sabe cómo me recibiria hoy el mismo público que ayer me aplaudió tanto!» ¡Digna y heroica respuesta que revela toda la grandeza del alma que la dictó! ¡Ojalá todas las que llevan el nombre, cuyo retrato hemos procurado bosquejar, merecieran la justa nombradía que aquella supo grangearse! No nos hubiésemos visto nosotros en la dura precision de indicar deslices que no nos ha sido posible ocultar, aunque protestamos sinceramente que en ninguno de ellos hemos querido aludir á ninguna de las apreciables actrices con cuya amistad nos honramos.—A. M. Ojeda.



¿Por qué tan triste tu semblante hermoso
Cubre una sombra con su oscuro velo?
¿Por qué diriges tu mirada al cielo
Bañada con tus lágrimas, muger?
¿Dónde el placer está que tantas veces
Brilló en tus ojos, cual la bella aurora
Cuando el confin del horizonte dora,
Y en tus palabras circuló el placer?

¿Por qué en la soledad, junto al torrente,
Y ajando con tus dedos una rosa,
Suspiras sin cesar, jóven hermosa,
Y exhalas tus gemidos sin cesar?
¿Es porque ingrato tu adorado amante
Burló tu fe y en tu graciosa frente
Grabó del desengaño torpemente
La sombra, para huir á tu pesar?

¿O es que aislada en tu pasion inmensa
Insultado tu amor acaso lloras,
Y en tu silencio funeral deploras,
Tanta agonía que abrumó tu amor?
¿O solitaria, en fin, y agonizante
Lamentas por desgracia en el olvido
Un noble amor que á tu despecho hundido
Dejó la mano del voráz dolor?

¡Oh! no, que tu sombría frente
Mas que el amor el desengaño abruma,
Mas que pasion, en tu desgracia suma,
Un recuerdo de hiel se asentó allí.
No lo digas por Dios; pues despreciada
Por tu perdido honor te morirías,
Si al eco solitario repetias
Que débil fuiste y te ultrajaste á ti.

V. Boix.

CARICATURAS.

Un filósofo.

En punto á pasiones, decia Figaro, estoy por la de nuestro Señor Jesucristo.

Y hacia bien en decirlo, y hacia mal en no practicarlo así, especialmente cuando se le ocurrió soplarle aquella píldora saturnal que todo lo cura.

Y aprobamos el que Figaro prefiriese la pasión redentora á las demás pasiones, porque además de su santidad, tiene la circunstancia de ser una cosa ya conocida, al paso que las otras pasiones nunca guardan la menor uniformidad en su marcha, y llevan siempre á un fin distinto. También dicen los moralistas que las pasiones son nuestros tiranos, y por consiguiente nosotros sus esclavos.... ¡Vaderetro, esclavitud! nosotros queremos ser libres.... ¡viva la libertad!

El amor es pasión que devora, cosa de fuego, según dicen los poetas; yo tengo un almacén de pólvora en el corazón.

La pasión del juego.... señores, ¡no juguemos, que eso es cosa de niños!

La pasión de la caza.... Un perro conozco yo que en viendo una escopeta no hay diablos que lo sujeten: ¡qué cazador es el animalito!

La pasión de los libros, es una pasión encuadrada á la holandesa, en pasta ó en pergamino, y se necesita para conllevarla tener toda la flema de un *holandés*, ser de muy buena *pasta*, ó resignarse á adoptar la finura del *pergamino*: además las ratas son muy aficionadas á los libros: esa es una pasión de ratas.

Si hemos de pasar revista á todas las pasiones humanas, ni yo tendré bastante papel, ni ustedes bastante paciencia.

En punto á pasiones estoy, pues, por la de nuestro Señor Jesucristo.

No así mi conocimiento D. Hilarion Panzarraco, hombre de mundo, quiero decir, apegadillo á la vida en su parte mas crasienta. Apasionado por las morcillas de Mallorca, los jamones y chorizos de Extremadura, el queso de Flandes, el pan de Castilla y el vino de todas partes.

El buen señor decia, que si Dios lo ha criado todo para el regalo del hombre, no debe éste desairar á la sabia Providencia: que eso de comer para vivir lo hace cualquiera, pero que es mas digno de alabanza el que sabe hacer un gusto de lo que es una necesidad, y por consiguiente una miseria.

Y la gastronomía fue para él lo que para éste es el amor, para ese otro la política, para el de mas allá el poder: es decir, que fue el ensueño de sus primeros años, que escitó su ambición, que le causó sus placeres, llenó su contingente de disgustos, y le acarreó la muerte.

¿Es digna de censura la gastronomía? Lo es en el sentido de la moral y de la religión; pero lo es en compañía é indispensable union con las demás pasiones; si estas, ó alguna de ellas, se ha de respetar, digna de respeto es también la gastronomía, pues ésta y cada una de aquellas embrutece igualmente al hombre; ésta, y cada una de aquellas, puede proporcionarle eso que llamamos felicidad de la vida.

¡Pero qué felicidad!...

Por hoy hablaremos solo de la *felicidad* gastronómica.

Desde la infancia empieza á formarse el gastrónomo. El niño predestinado á adquirir renombre en las fondas y pastelerías, no juega nunca: dejadle estar de títeres y emblecos; dadle bollos. ¡Mirad que mosquetes! ¡qué mirada tan estúpida! Frente triangular, pequeña; orejas de á medio palmo; cabeza redonda. Ahora sale de la escuela donde ha

pasado dos horas durmiendo, y una llorando á bramidos; y se ha quedado estático ante ese jamón en dulce que tiene de muestra el pastelero: y contempla el jamón con toda la bestialidad de su mirada, y ni aun piensa que se lo engulliría con placer, pues no sabe pensar, y maquinalmente pone el dedo en la llaga; esto es, se mete en la boca un canto del libro que tiene bajo del brazo, y chupa: este es el primer uso que ha hecho del libro en todo el día.

Llega á casa, porque el pastelero le ha despedido como quien espanta una mosca, y pide pan y llora; y aunque su madre trate de demostrarle que la comida estará pronto dispuesta, pide pan y llora; hasta que aturdida la madre por sus gritos le tapa la boca con un mendrugo: después duerme hasta la hora de comer, y entonces devora.

Y engorda y no crece; y san Juan de Dios anda que vuela; y de día en día aumenta su voracidad y su barriga.

—Al fin ya está criado, dice su padre: será preciso darle una colocación. ¿Y bien, hijo mío, á qué carrera te inclinas tú mas?

—¡Qué me sé yo!

—Pero ya es tiempo, hijo mío; es fuerza que pienses alguna cosa.

—¡Qué me sé yo!

¡Pensamientos le pide! Si por un momento le diesen la facultad de pensar, pensaría que para vivir solo se necesita comer, y no atinaría para qué sirve el pensar.

Entre tanto, no os canseis en buscarle en las casas de juego, ni en los lupanares, ni en las tertulias ni espectáculos: podreis hallarle tan solo en los figones. Un hijo de familia, cuando no es mayorazgo, no tiene recursos para ir á la fonda.

Una mañana ve llorar á su madre, y le dicen que su padre ha muerto: aquel día nadie en la casa tiene ganas de comer, y él solo tiene que desempeñar las raciones de todos. —¡Hoy es gran día! se dice á sí mismo.

Andando el tiempo, se muere su madre, y queda él dueño absoluto de todo. Esta es la tercera época de su vida. Come y goza mientras le queda un real en dinero, alhajas ó muebles; y los reales se le acaban pronto, porque mientras él se duerme de sobremesa, la criada hace su pacotilla; hasta que llega un día en que esta le dice que va á buscarse la vida por otro lado, pues ya no queda nada en aquella casa: él la mira sin responderla, y nada comprende: vuelve la vista á la cocina, ve los hornillos apagados, y aquello lo comprende menos, pues siente que tiene deseos de comer. Pero como no hay, se duerme, hasta que despierta bostezando, toma el sombrero y se va á la fonda, donde come perfectamente; y cuando el mozo le presenta la cuenta, se rasca la mollera, y lo mira á la cara como un bestia. Al fin sabe el fondista que no tiene con que pagar, y le pide la levita en prenda.

Hasta aquí el bruto; pero vedle que se zambulle en el lodo de la miseria, y de allí saldrá el hombre.

Con efecto: la miseria es un gran maestro que en brevísimo tiempo forma el talento de los hombres; es un poderoso domador de fieras, ante cuyo azote se rinde á discreción, el furor, el odio, y lo que es mas, el orgullo; es un gran crisol que todo lo purifica, hasta el punto de sacar chispas de genio del compacto seso de un estúpido.

Y en este crisol es donde encuentra un lugar nuestro hombre.

Como es natural, el hambre es quien le hace apercibirse de su miseria. Ignorábala completamente, y ni aun habia notado que su casa no tiene mas mueble que una silla y una mesa; cuando se la presenta una fantasmilla pálida, descarnada, fisonomía abatida, y sin embargo, gesto sardónico, sonrisa satánica, interrumpida por los bostezos, llevando entre ambas manos un libro con tapas de oro. Esta vision le

infunde un profundo disgusto, y sin embargo apenas repara en ella, é ignora que de ella recibe ese sentimiento. Pero la fantasma crece, y se hace fantasma, y despues fantasma, y al fin nuestro hombre la mira y la mira con reflexion y la reconoce. Es el hambre; ya sabe que tiene hambre, y es la primera cosa que ha sabido en su vida: y como la fantasma se le viene encima quiere sacudirla, y se pregunta él cómo; y á esta pregunta se responde con otra: ¿por qué ha venido?

Ya veis que empieza á pensar: y una vez empezado continúa; pero como las regiones de su cerebro, donde reside el pensamiento, han estado desiertas hasta ahora, son unos aposentos llenos de telarañas, polvo y demás emanaciones de la incuria; lo cual unido á la debilidad de su estómago, le embrolla y le confunde en su marcha. Al fin saca en limpio que tiene hambre porque no tiene con que comer, que para poder satisfacer su pasion favorita es necesario ganarse la vida de algun modo, lo que no se consigue en la inaccion en que ha vivido hasta entonces; y esto le trae á la memoria el deseo que le manifestó su padre de darle una colocacion: ahora lo comprende todo.

¿Pero por qué ha adquirido nuestro héroe, así tan de sopetón, la facultad de pensar?—Porque sin saberlo él, ha leído en el libro de la sabiduría que llevaba entre sus descarnadas manos el hambre.

Nuestro hombre pone en juego sus conocimientos, se hace intrigante, juega al monte, ó gana á la lotería, (nada nos importa el camino que sigue): ello es que se enriquece, y asegura la bucólica para mientras viva.

Vedle sentado ante una mesa cubierta de escogidos



manjares: tiene treinta años solamente, y ya gasta peluca; pero ahora la tiene caída sobre el cogote. Está á la mitad de su bestial comida, y no puede sufrir la presion de una cinta ni de un boton en todo su cuerpo; así gozan completa libertad la camisa, el pantalon, la corbata, y hasta una especie de cincha con que sujeta la desmedida barriga. El sabe cómo se goza en la mesa: todos los platos están apiñados en torno suyo á tiro de tenedor, ofreciéndole en corporacion sus aromas y apetitosa vista: tiene en la mano izquierda un vaso de vino de su gusto, (el gusto de los vinos es muy variado) y en la derecha, ensartado en un tenedor, un calamarin relleno, por egemplo, al que da vueltas y revueltas antes de engullir, saboreando su olorcillo, la transparencia de su carne, la pericia de su relleno.

Un gastrónomo es calibatorio, porque como toda su alma reside en el paladar, y todo su fuego en los órganos digestivos, tiene el corazon inmóvil y helado; y aunque fuera susceptible al amor, permanecería célibe por cálculo.

Nada le importa que el mundo se devore en revoluciones, mientras le dejen á él su parte que devorar: si viene á

sus manos un periódico, solo lee la seccion local, y en ella los anuncios de ventas de comestibles. Si le decís:—«Fulano es un excelente artista»—cree que es buen cocinero, pues no conoce otro arte. Juzga de la calidad de las tierras por los melones y pepinos que produce: de la riqueza de una provincia por la cantidad de viñedos y ganados que posee.

En una palabra, la comida es para él el verdadero regulador de las artes, de la agricultura, del comercio, de la estadística, y de la sociedad entera; porque la comida es su amor, su gusto, su conciencia.

Como todos los placeres de este pícaro mundo tienen su inconveniente, el gastrónomo sufre el de continuas indigestiones, que de dia en dia son mas frecuentes y recias, hasta que una mañana le encuentran en su cama haciendo visages y bailando la *polka*; pero no es que dispierta de buen humor, como cree al pronto su criado, sino que se dispierta aplopético.

Yo creo que el poeta de la antigüedad que discurrió la fábula del tormento de Tántalo, era un gastrónomo aplopético; pues á no ser así, no se le hubiera ocurrido ciertamente un cuadro tan semejante.

Moderado el accidente le prescriben los médicos un método de vida, cuyo punto capital es la templanza en la comida. Figuraos, pues, á nuestro hombre luchando entre su aficion favorita y el deseo natural de vivir, ó sea el miedo de morir. Dicen que cuando uno pierde la cosa mas querida de su alma, está de sobra en la vida; pero los que eso dicen no se han visto nunca frente á frente con la muerte. Nuestro hombre vive desgraciado, porque no sabe, no puede ni quiere hallar placer en otra cosa que en las salsas, pastas y rellenos, y de eso se ve privado. ¡Infeliz Tántalo!

Para engañarse á sí mismo, como solemos decir, compra cuadros de frutas y otras comidas, y pasa horas enteras en contemplacion; se hace escritor, y publica un arte completo de cocina, donde recopila todos los métodos conocidos, aumentados con sus propias observaciones. Y buscando en todo esto una distraccion, no halla sino un nuevo despertador de su apetito, que unido á su mal humor habitual, hijo de la privacion y de la enfermedad, le sacan un dia de sus estribos, y hace cubrir su mesa de todas las bellezas del arte, de todas las obras maestras de los mejores artistas.

Su enfermedad y su apetito reprimido comen á la par, y el infeliz come por treinta, y cuando llega á los postres baila la *polka*, hace visages y truena.

¡El buen artillero muere al pie del cañon!

¿Qué ha sido el gastrónomo durante su vida? Un filósofo, aunque de la escuela de Epicuro. Ha sabido embellecer su vida, llenar todo el vacío de su alma, despreciar todas las grandezas humanas, morir á gusto. Si esto no es la filosofía que me empalen.—*El pobre Diablo.*

MODAS.

TRAGE DE CASA: Blusa ó bata de tafetan y lana con rayas blancas; la pechera abierta para que se vea el camisolín, y los adornos de aquella, llamados de Cupido, de la misma tela, que se reducen á unas vueltas con festones.

TRAGE DE CALLE: Vestido de foular, adornada la falda de dos volantes altos, cuerpo liso, medio alto por los hombros; y abierto por delante; esclavina pequeña de la misma tela, guarnecida de flecos de seda; manga lisa y corta, adornada con guarniciones de encaje; sombrero de crespon, muy abierto de abajo, adornado de flores menudas. Chales de encaje negro.

TRAGE DE SOCIEDAD: De *pekings brochés* ó de groc, de tul á la *pompadour*; de rasos de oriente de todos colores; damascos con dibujos terciopelados; rasos de china, azul turco con forros tafetan del mismo color, guarnecido de cinco volantes. Su hechura cuerpo liso, descotado, con adornos de cintas angostas de terciopelo, manga corta con los mismos adornos, y en la cabeza flores menudas.

MARGARITA PUSTERLA,

NOVELA HISTORICA.

Traducción de D. P. García Cadenas.

(Continuación.)

La voz del monge se había animado al hablar de este modo, y el mas vivo encarnado inflamó sus mejillas: conociéndolo sin duda bajo la cabeza y calló; pero Francisco, poco convencido por el language de su amigo:

—Si, Buonvicino, respondió; el retiro y la soledad son el sueño de mi vida; pero, dime, ¿qué es un hombre cuando ha abandonado la escena de la política? ¿No aparecería yo como un vástago degenerado de mis ilustres antepasados tan afanosos por el bienestar de su país? Mientras que el poder estuvo en manos de Azona, tú sabes si he cesado un momento de trabajar por el bien de la ciudad; tú sabes con qué atención y delicadeza me he portado con Luchino á pesar de hallarse indispuerto con su tío. Debía yo esperar que llegado á la soberanía, tendria presente mi conducta, me contaría entre sus amigos y de este modo podría yo conducirle por el camino del público bienestar. Ya se ha visto el fruto de tantas deferencias; apenas sentado en el trono que tanto hemos contribuido á asegurarle, no solamente ha olvidado nuestros recientes servicios, sino que haciendo un crimen de los antiguos nos ha alejado de sí con desprecio, y helo en fin rodeado de gentes desconocidas y de raza plebeya, de ciegos consejeros y bajos aduladores, polilla de la corte de que quisiera estar á mil leguas, si no me detuviese la esperanza de volver á ser útil á mi familia y á mis conciudadanos.

Alpinolo aplaudia este language atrevido; pero Buonvicino, comprendiendo que bajo la capa del bien público se ocultaba la ambición y un carácter que acostumbrado á no gozar sino en las tempestades de la vida apreciaba lo mismo la calma que la muerte, hubiera rebatido fácilmente los especiosos argumentos de su amigo, si hubiera esperado despertar en su alma alguna susceptibilidad capaz de infundirle ideas mas sanas. Harto acostumbrado á ver con indulgencia las flaquezas humanas para no verse obligado á despreciarlas, siguió á Pusterla, sin contestarle hasta la plaza del Domo donde se separaron.

En el sitio en que se eleva hoy dia el palacio real tenían su asiento en aquella época los intendentes de provisiones, delante de cuya casa se efectuaba cada semana la venta de ropas y vestidos. El espacio ocupado en la actualidad por el Domo se llamaba la plaza de las Arengas, porque allí se reunían los ciudadanos, durante la república, para oír ó pronunciar los discursos que interesaban al bien público. En aquella misma plaza luchó largo tiempo el sincero patriotismo del menor número con el ambicioso egoismo de la mayoría: allí nacieron las facciones que destruyeron la patria hasta que saciados los milaneses de tempestades, entregaron otra vez el poder supremo en manos de los Forriani y de los Visconti: ya hemos dicho que el arzobispo Ottone fue el primer soberano de esta familia; Matteo el Grande, su hijo Galeás y ese Azona de que hemos tenido ocasion de hablar,

fueron sus sucesores. Este último queriendo disfrazar la esclavitud que pesaba sobre el país, había provisto con esmero al ornato de los edificios públicos, entre los cuales el palacio en que entraba Luchino en este momento había sido, en particular, hermozeado con un gusto maravilloso. Era una torre de muchos pisos, con gabinetes, salas, corredores, baños y jardines. En el piso bajo se veían numerosas habitaciones con doble hilera de ventanas, ricas mamparas, profusion de oro, y tales riquezas que verdaderamente deslumbraban. Véase también una espaciosa pajarera de alambre, donde revoloteaban infinidad de aves de todas especies, y una coleccion de osos, monas y otros animales salvajes, entre los cuales se notaba un avestruz y un leon. Debemos asimismo hacer mencion de las pinturas que adornaban los salones, de un pequeño lago en el cual cuatro leones vomitaban un torrente continuo y que representaba el puerto de Cartago cubierto de vageles armados para la guerra púnica, y en fin de la capilla enriquecida con infinidad de reliquias y de adornos que ascendían al valor de siete mil florines de oro.

La comitiva ducal entró, pues, en aquella magnífica morada: un bello jóven de barba larga y guedejas blondas que se derramaban en infinitos bucles por sus hombros y espalda, espléndido en sus vestidos, y cuyo rostro cubrían de sombra las plumas flotantes que se inclinaban al redor de su gorra de terciopelo, saltó con ligereza de su caballo y presentó la mano á la condesa Isabel para ayudarla á apearse



de su palafren. Era Galeás Visconti, el cual subió la escalera diciendo en voz baja á su tia mil cumplidos galantes, mientras que toda la comitiva les seguía. Llegaron al salon llamado de la Vana Gloria, tan espléndido que todos los historiadores al describirlo exhalan un grito de admiracion, y allí, mientras que el bufon hacia respetuosos saludos á Héctor, á Hércules, á Azona y á otras imágenes de héroes que decoraban las paredes, el gentío se formó en grupos y en círculos diversos, para entregarse á esa conversacion tan rica de palabras como vacía de sentimientos y de ideas que forma la diversion de las reuniones de buen tono. Hablábese de la corte de los Gonzaga: los unos la criticaban y los otros tomaban su defensa. La maestría y las hazañas de los justadores ocupaban también á la asamblea, y aquellos cortesanos que debían conservar el vivo recuerdo de su reciente liber-

tad, se envanecían de un cumplimento, de una sonrisa del príncipe. Este último recibía en particular los homenajes de los enviados de las cortes lombardas, y el embajador de Mantua celebraba con entusiasmo la bravura y la cortesía de Bruzio y de Francisco Pusterla.

Esta última alabanza debió parecer bien desacertada á los refinados cortesanos que sabían cuán poco gozaba Pusterla del favor de Luchino. Pero su sorpresa subió de punto cuando vieron al príncipe volverse á Pusterla, y dirigiéndole la palabra con mas amabilidad de la que solía mostrar á sus mas íntimos favoritos, repetirle los elogios del mantuano, y aun los que Azona acostumbraba á tributarle. Halagóle diestramente con el género de alabanzas mas difíciles de resistir cuales son las que se tributan con referencia á un tercero, y conversó con él como con un caballero por el cual profesase la mas alta estimación. En fin, cuando con admirable arte hubo acariciado las pasiones de Pusterla, le dijo en tono íntimamente confidencial:

— Francisco, estad seguro de que no he olvidado la amistad que nos unía en la vida privada: al contrario, esperaba ocasión de daros pruebas de mi benevolencia, y esta ocasión acaba de presentarse: Mastino Scaliger, no pudiendo ya soportar mi enemistad, implora una reconciliación. ¿A quién pudiera yo confiar mejor un negocio tan delicado que á vos que sois tan hábil en el consejo, como valiente en el campo de batalla, agradable á Mastino y capaz de sostener el honor milanés en presencia del extranjero? En consecuencia, antes que concluya el mes partireis para Verona, con nuestras credenciales que os serán entregadas según las órdenes que al efecto hemos dado.

Pusterla odiaba menos á Luchino como tirano que como príncipe que le dejaba en el olvido y le reducía á un reposo sin influencia y sin gloria que él miraba como una afrenta.

tesanos que le habían despreciado, su odio desapareció como el relámpago, y en breve olvidó los ultrajes recibidos, sus proyectos de soledad y de retiro, y hasta los celos que despertaban en su corazón las miradas de Luchino á Margarita. Sin sospechar siquiera un momento que aquella misión era un lazo para alejarle y consumir su deshonor, Luchino dió gracias al príncipe y admitió su favor con reconocimiento; tan grosero es el velo con que la ambición ofusca nuestra vista.



Francisco entró lleno de orgullo y de alborozo en su palacio, donde sus amigos se hallaban reunidos para festejar su triunfal regreso, y abrazó friamente á Margarita, exclamando: — Buena noticia. Después refirió la misión con que el príncipe acababa de honrarle. Algunos le felicitaron por ello, mas Apinolo, el joven page á quien ya conoce el lector, meneó la cabeza diciendo: — De una víbora qué se puede esperar sino veneno! Margarita palideció, y señalando con una mirada elocuente á su hijo Venturino: ¿Acabas de regresar apenas, le dijo á su marido, y ya piensas abandonarnos? ¿Qué techo es mas precioso que el techo paternal? ¿qué sociedad mas dulce que la de la familia? ¿qué misión mas honrosa que la de hacer la felicidad de los seres que nos aman?

Francisco le estrechaba la mano con ternura, tomaba al niño en sus brazos y parecía enternecido; pero bien pronto la sed de honores y la costumbre

A la primera muestra de favor que le dirigiera el príncipe, cuando se consideró como un objeto de envidia para los cor-

de buscar la felicidad lejos del hogar doméstico, ahogaron el movimiento instintivo de la naturaleza. Cuando llevó la

noticia de su embajada al convento de Brera, el monje procuró disuadirle por todos los medios posibles de tan funesta resolución. El aspecto solitario y religioso de la celda que este habitaba, guardaba completa armonía con las razones austeras que dió á Pusterla para alejarle de los empleos políticos en una época en que eran incompatibles con el honor y con el sentimiento de un noble deber. Pero cuando vió que su amigo permanecía sordo á sus instancias, le dijo como para recordarle sus observaciones de la vispera y dar el golpe que á su entender debía producir mas efecto:

—¿Y Margarita?

Pusterla permaneció un momento pensativo; pero levantando á poco la cabeza con la obstinacion de un hombre decidido á no ceder.

—Margarita es un ángel, respondió.

Buonvicino lo sabia, y sabia por la misma razon cuán imprudente seria abandonarla; empero no se atrevió á insistir sobre aquel punto, temiendo comprometer la felicidad doméstica de Francisco.

¿Quién era aquel monje que tan vivo interés mostraba por la suerte de los Pusterla?

VALENCIA ARTISTICA Y MONUMENTAL.



EL PALACIO DEL REAL.

(Continuacion.)

Todos estos monarcas embellecieron á porfía el palacio, y la que en un principio fuera tan solo pequeña casa de placer del rey árabe, se transformó en régio alcázar el mas suntuoso quizás que los soberanos de Aragon han poseído: y en verdad que su posicion en la orilla izquierda del Guadalaviar (1), en lo mas risueño de nuestra vega, y respirando todos sus alrededores el grato aspecto de la mas ingeniosa agricultura, y de una vegetacion robusta, aromática y florida, debia precisamente cautivar la atencion de los nuevos señores, y empeñarles en mejorar aquel parage que habian elegido para su residencia.

En el sitio conocido aun hoy dia con el nombre de llano del Real, en la misma línea que ocupa la empalizada que cierra los jardines, se elevaba la fachada del magestuoso edificio de que vamos á ocuparnos; su área proximamente era la misma en que ahora se halla la montañita llamada de Elío (2) y los cuadros de jardín que la circuyen. Su fachada

(1) El rey D. Pedro IV cambió en 1370 el cauce del rio Turia ó Guadalaviar dándole el que hoy tiene, con lo cual el palacio quedó situado muy cerca de su orilla izquierda.

(2) Tomó este nombre del señor D. Javier Elío, capitán general que era de este reino en 1814, quien la formó amontonando los escombros del palacio que afeaban este parage, plantando en aquella inmensa mole pinos y otros arbus-

principal de unos ciento noventa palmos de larga consistia en un pórtico abierto formado por siete arcos de medio punto, sobre el que se alzaba un primer piso con trece balcones, otro segundo con otros trece y la buhardilla con igual número de ventanas apaisadas: dos torres cuadradas de alguna mas elevacion, colocadas á sus extremos, completaban este primer cuerpo. Tres puertas con pilastras resaltadas daban ingreso á un anchuroso patio en el que se hallaban las dos espaciosas escaleras que recibian la luz por las cúpulas ó medias naranjas que cerraban sus cajas: tenian un solo descanso á la mitad de su altura, y con otro tramo desembocaban, la una en el saloncito frontero de la capilla y la otra á una sala interior contigua á la misma: las gradas ó peldaños de ambas eran de piedra con barandilla de hierro, y sobre sus puertas de ingreso, adornadas de columnas jónicas, se hallaban los escudos de las armas reales de Aragon sin mas adorno que la corona y unos follages á los lados. La capilla, en el mismo piso, bastante espaciosa, de una sola nave con pilastras doradas de orden corintio, tenia tres altares, el mayor ó principal dedicado á nuestra Señora de los Angeles (3); otro pequeño al Santísimo Cristo de la Penitencia (4) y otro á san Jaime apóstol y á santa Catarina, que se construyó cuando se hizo la obra nueva. En el presbiterio, á la parte del evangelio, habia un templete formado de ocho columnas pareadas de orden dórico de mármol jaspeado doradas sus bases y capiteles, así como el friso, cornisa y cascaron que le cerraba; dentro de él se hallaban colocados el sillón y mesita destinados para la real persona, cuando bajaba á los divinos oficios, pues que podia asistir á ellos en las dos tribunas que sobre el mismo presbiterio mandó construir el rey D. Martin á su regreso de Sicilia: el piso era de mármoles azules y blancos.

Para el servicio de la capilla, á mas del beneficio fundado por el rey Conquistador en el año de 1239, como hemos dicho en el artículo que precede, instituyó el rey D. Pedro III cinco capellanías mas (5) y dos sacristanías; pero aquellas con el tiempo se redujeron á cuatro, y las últimas á una sola: el capellan decano hacia las veces de rector y cuidaba del exacto régimen de la casa y de todo lo perteneciente al culto: los ornamentos y alhajas destinadas á él eran muchos, preciosos y del mayor valor, si atendemos á los inventarios que hemos visto y á la solemnidad con que se celebraban las festividades de san Juan Bautista, de la Circuncision, de los Reyes, de la Virgen, de la semana mayor, de san Jaime, de san Martin, de santa Catarina, de coronaciones de reyes y otras varias que estaban prevenidas en la rúbrica de *ordinacions de la real capella*, y particularmente el dia primero de año en que entraban las cuarenta horas y los dias de la semana mayor á que podian

tos, y formando andenes para subir á su cima en la que construyó una casita de madera.

(3) El señor D. Pedro IV, hallándose en Zaragoza en 1376, mandó al maestro Pedro Bernat le pintase una imagen de nuestra Señora de los Angeles, y que la entregase á Don Francisco Marrades, su uger de palacio; quien la trajo á Valencia en 1378 y la colocó en la capilla del Real: con este motivo mudó en este nombre el que antes tenia de san Jaime y santa Catarina.

(4) Lo trajo de Sicilia el señor rey D. Martin I que lo tenia en mucha devocion; rezaba ante él las horas diurnas y nocturnas, y mandó al efecto hacer las tribunas de que se hace mencion mas adelante: es el mismo que hoy dia se venera en la real casa hospicio de nuestra Señora de la Misericordia.

(5) La primera de ellas se hallaba dotada con 70, y las segundas con 54 morabatines alfonsinos de renta, que cada uno valia en su tiempo siete sueldos valencianos ó sean cuatro reales treinta y dos maravedís.

asistir todos los fieles subiendo por la escalera de la derecha y bajando por la de la izquierda para evitar confusion. En estos dias presentaba el palacio uno de aquellos espectáculos harto difíciles de describir; el sol radiante con que regularmente se ostenta en toda su pureza el diáfano y despejado cielo de esta ciudad en aquella estacion; el risueño paisaje que ceñía el edificio; sus balcones colgados de telas de seda, el anchuroso llano cubierto de coches, y la muchedumbre que concurría, ofrecía desde el magnífico puente del Real el panorama mas completo y sorprendente.

Del primer patio se pasaba á otro cuadrado de unos ochenta pies de área circuido de un pórtico abierto: en su piso bajo estaban las cuadras, cocheras y almacenes, y en el primero y segundo magníficas habitaciones tales como la sala de guardias, la de ugières, el salon que servia de teatro, las cámaras y gabinetes destinados para las reales personas, la galería que caía á los jardines, la armería, el archivo y demás oficinas correspondientes.

A la izquierda de este cuerpo se añadió, á mediados del siglo XV, un pequeño edificio destinado para habitacion de

los jardineros, conserge, guardabosque y otros dependientes: y á la derecha otro de iguales ó mayores proporciones que el principal, tambien con dos elevadas torres cuadradas, en la primera de las cuales se hallaba colocado el reloj que antes habia estado á la parte de la huerta, dentro de un casilicio de madera cubierto de planchas de plomo, con su giral-dilla y dos horarios, uno á la parte del Real y otro á la de la ciudad: su arquitectura, á escepcion del pórtico, era bastante parecida á la del cuerpo principal, y se le daba el título de la obra nueva, por haberse construido en todo el trascurso del siglo XV y principios del XVI, cuando lo estaban ya todas las del antiguo palacio. Parte de sus habitaciones las ocupaba el capitán general y virey de este reino; otra parte el alcaide del real palacio (1), gefe de todo él y de sus dependientes y empleados, con jurisdiccion privativa civil y criminal; y el resto la real audiencia desde su creacion por el señor D. Pedro IV, el Ceremonioso, en 1361, hasta su traslacion en 1751 al palacio de la antigua diputacion del reino, donde subsiste (2).

J. M. Z.



A. TRAYER.

LA CHRISTIANI.

En la época en que el ruidoso pueblo de París afluia al vasto teatro de la ópera para admirar á Duprez, á madama Stolz, á madama Dorus, á Carlota Grissi, á Petipa y á aquellos numerosos coros, y sus cuarenta bailarinas, y los ochenta músicos que componian su orquesta bajo la direccion de Habeneck, admiraba tambien á la bella Christiani, célebre profesora de violoncello. Al ver aquel ojo inspirado, y aquella postura noblemente graciosa no se podia creer que su pasion por aquel instrumento agradable le hubiera costado el mas ligero sacrificio. El violoncello, menos fatigoso efec-

tivamente que el violin, deja al cuerpo en toda su libertad, toda su serenidad á la fisonomía, al cuello toda su esbelta

(1) El rey D. Fernando, el Católico, por cédula fechada en Santaren en 20 de Febrero de 1479, y privilegio expedido en 11 de Febrero de 1481, concedió este destino á perpetuidad á D. Fernando de Torres y sus descendientes: por el enlace de su hija Doña Hipólita con D. Pedro Honorato Juan; continuó en la familia de éste hasta D. Luis Juan de Torres, conde de Peñalva, por cuya muerte, sin hijos, volvió este derecho á la corona.

(2) La conclusion en el número próximo.

elegancia y al brazo un desarrollo lleno de gracia, sin que ningún movimiento exterior indique ninguna clase de esfuerzo.

La señorita Christiani canta además con una espresion que arrebatada, y se conoce en su estilo el instinto musical y el sentimiento armonioso que tanto distingue á los italianos: complace y conmueve; porque es un talento fino, delicado, gracioso, tierno, y por decirlo de una vez, femenino.

Al mismo tiempo que la encantadora Christiani producía el mas dulce entusiasmo en la capital de la Francia, otra mujer acababa de hacer admirar nuevos prodigios en la armonía. Madama Eichthal sorprendía á París con las melodías de su arpa. En otro tiempo habitaba esta dama magníficos palacios; y daba espléndidos festines donde los embajadores, los ministros y otros altos gefes de la orgullosa aristocracia de Europa iban á rendirla sus obsequios y su admiración. Derribada de la elevada posición en que se había mecido su cuna, sin que conservara de su antigua grandeza mas que el poder de su hermosura sorprendente, quiso, sin embargo, gozar de una vida independiente tambien, pero sin que perdiera nada de aquel trato fino, amable, encantador y melancólico que le distinguía entre los séricos tapices de sus moradas anteriores, lo mismo que en la humilde buhardilla que habitaba despues. Perseguida por la desgracia madama Eichthal, gozaba del doble privilegio de escitar la sensibilidad con los recuerdos de su infortunio y con las armonías de su arpa: restos de su grandeza y ecos de sus dolores, la tristura de sus conciertos era igual á la melancolía de su mirada. París tributó á sus calamidades y á su talento, sino la adoración de los que en otros tiempos se postraban á sus pies como un ídolo adornado por la fortuna, como una belleza al menos digna de compasión por su genio sublime y mas digna de aplauso por la magia de su habilidad. — *V. Boix.*

CRÓNICA DE LA QUINCENA.



Erase un pais encantador: el campo, cubierto de elevados árboles, apenas dejaban paso á los rayos del sol, y la dulce brisa del mar que á lo lejos se descubría, mecía dulcemente sus pobladas copas que al agitarse despedían el mas delicioso aroma. Hallábase el suelo sembrado de las flores mas raras y olorosas; formaban sus colores variados y encendidos una alfombra deliciosa que arrebatada la imaginación inspirándola

el mas dulce placer: mil ruiseñores volaban en torno, mezclando sus cantos inimitables con el murmullo de las aguas que se precipitaban afanosas por entre las graciosas cascadas que fecunda naturaleza plugo en aquel pais formar. Al pie de uno de aquellos árboles que la mirra destilan, se hallaba un mullido lecho formado de mil plantas aromáticas que derramaban sobre mi ser una vida de éxtasis y de dulzura; sobre aquel lecho reposaban mis miembros fatigados, ávidos de placer y de descanso, mientras que dos sílfides bellas como el pais que habitaban, y dulces en su mirar, como la miel que las plantas destilaban, giraban en torno formando graciosas danzas que repetían mas lejos en grupos diferentes sus graciosas y bien formadas compañeras; las manos torneadas de las primeras, ora puestas sobre mi corazón, ora enlazándose entre mis cabellos, refrescaban mi mente abrasada, dando á mi pecho el mas dulce, el mas placido bienestar. Sentíase allí, no las tormentas del mundo, sino la calma del Eden; no las agitaciones, los odios, las malandanzas de la tierra; las envidias, los rencores de la sociedad, sino la calma, la tranquilidad, el amor, la dulzura, la delicia y la voluptuosidad del alma y del corazón: era un bienestar indescriptible, y al probar en aquel pais

tal existencia, lleno el pecho de amor y de placer exclamé: «Soy feliz; encontré al fin el pais de mis ensueños.»

No bien acabado habia estas palabras, cuando hirió mis oídos una voz estentórea, desagradable, que me dijo: «anda, anda.» Miré en derredor y vi puesto de pie y á mi lado un viejo de ceñudo semblante, de ojos penetrantes, barba prolongada hasta el suelo, encorvada bajo el peso de los años, y apoyado en un largo y nudoso baston; una túnica algo raída por su vetustez cubría sus carnes macilentas, ceñida tan solo por el talle con un grueso cordon; llevaba descubierta la cabeza, completando su vestidura unos fuertes y anchos zapatos que por lo raidos se echaba de ver su largo y continuado uso. Miréle atónito y asombrado al considerar aquella grave y lúgubre figura, que tan cruelmente contrastaba con el gracioso y ligero talle de mis sílfides; y él, volviendo á clavar en mí su vista perspicáz, volvió á repetir el malhadado refrán: «anda, anda.»

Levantéme á pesar mio de mi lecho dominado por aquella vista y voz fascinadora, y en tono suplicante le dije: «¿Qué quieres de mí?»

— «Anda, anda» me respondió.

— ¿Por qué me condenas á tan cruel destino? repliqué: déjame por piedad gozar del dulce ambiente que me rodea, de las voluptuosas caricias de las bellas ninfas de este pais privilegiado, de los rosados lazos de estas criaturas de amor. ¡Oh! déjame, déjame, te suplico, que respire el aura dulce de este cielo sin igual.

— ¡Incauto! el destino del hombre es marchar siempre, y no á ti debe estar reservado el descanso: anda, anda. Dos meses trascurrieron, en los cuales el descanso que gozaste en este pais de encanto enervó tus pensamientos y tus ideas, y en tanto los mismos que antes te ayudaron en tus tareas, han engalanado sus producciones con las maravillas del arte y bañado el rostro en sudor de sus fatigas, ellos mas útiles que tú, andan, andan.

— Y bien....

— Tu pereza te dejó atrás, y yo vengo en tu ayuda.

— ¿Y quién sois?

— El que sabe lo pasado, conoce lo presente....

— Lo pasado hartó lo sabemos todos.

— ¿Tú crees? ¡ah! ¡ah! ¡ah!...

— Os lo repito.... y el presente poco me importa.

— Necias palabras.... tal vez te importa mas de lo que tú crees.

— Podeis decirme algo del porvenir.

— Por el pasado y el presente podrás juzgar de lo futuro.

— Señor anciano, no estoy de humor de repasar la gramática: los tiempos pasan con rapidéz y la vida es demasiado amarga, para no asir el placer y el descanso donde se encuentre. Aquí lo encontré y aquí quiero estar.

Y el viejo impasible despidió su sonido aterrador y la frase: «anda, anda.»

— Pero, en fin, ¿qué queréis de mí?

— Te compadezco, y voy á serte útil, y partiendo su báculo en dos mitades: toma, me dijo, cuando quieras saber cuanto pasa en tu derredor, hiere fuertemente el suelo con él y el mundo se presentará á tus ojos tal cual es en sí: contempla entonces y aprende. Si no comprendes lo que veas, aplica al fuego un extremo de tu baston y al momento apareceré.

— No creo en promesas; dejadme hacer antes la prueba.

E hiriendo el suelo con el baston del anciano, desapareció de repente aquel pais de encantos y de placer, y vi....

Vi una gran ciudad en movimiento: mezclábanse y revolvíanse hombres y mugeres, aquellos codiciosos de las palabras y las promesas y las citas de estas; y las otras mas hermosas que nunca, dulces como la rosada aurora de Mayo, y sinceras como el primer vagido de un niño, dejarse llevar por el simpático acento de la primera palabra de amor. Vi una oficialidad brillante y marcial, reemplazada por otra no menos guerrera y elegante, dejando la primera sumergida en las lágrimas y el dolor las bellezas que con sus finos modales supo conquistar: dolor y lágrimas que la ausencia con su sardónica faz debe muy pronto enjugar.... Vi un féretro, y en él esculpida la memoria de un prelado que formó con sus doctrinas discípulos entendidos y aprovechados.... Vi una juventud brillante prepararse á correr presurosa á calmar sus ansias en la fuente del saber, abandonando sus prados floridos, y los recreos de sus hogares.... Vi tambien, ¡oh dolor! las calles de la ciudad famosa, abandonadas y en el mas lastimoso estado, formando barrancos y precipicios, donde debia haber un piso cómodo é igual.... las vi tambien á oscuras por su mez-

quino alumbrado y uno de los mecheros del teatro algo mas de lo regular encendido, por la torpeza y temor de uno de los encargados de alumbrarlos.

Vi dos bandos opuestos y entusiasmados, disputarse por la mayor ó menor estension de voz, por el mejor ó peor estilo de dos *primmas donnas* igualmente entendidas y apreciables en su canto;... oí la gritería, la confusion, el alboroto de las pasiones.... y de los palos;... vi la magnífica composicion del teatro en peligro;... vi las dos elocuentes defensas de los derechos de ambas.... vi el feliz sombrero que contenia la suerte de la afortunada *Doña Sol*; y oí calmarse poco á poco aquella efervescencia con aquella idea nueva y luminosa.

Restablecida la calma, vi pasearse junto á una de las puertas de la ciudad, un hombre de apuesta figura y de alguna nombradía, el semblante animado con la impaciencia como si aguardara el término de sus deseos; y en una de las ventanas de las casas próximas, otro hombre ya entrado en edad que se sonreía con satisfaccion. Volvíme á preguntar á mi mentor la causa de los paseos y de aquella sonrisa, y él entonces, como satisfecho de verse vengado de mi desden por la curiosidad que me atormentaba, me dijo lo siguiente:

«Hace como unos quince años que el señor G.... conoció en las riberas del Llobregat á una de sus ninfas que cautivó por entonces su corazon, siendo al mismo tiempo de ella fielmente correspondido. Motivos largos de enumerar se opusieron en aquella época á su union, que no debia verificarse nunca. Para distraerse de sus pesares recorrió el señor G.... varias ciudades del antiguo y nuevo mundo, hasta que despedido al fin, juró ante Dios y los hombres amor y constancia eterna á otra muger. Volvió al cabo de algun tiempo al seno de su patria; pero cuál fue su sorpresa en uno de sus solitarios paseos, al encontrarse cara á cara con el antiguo objeto de sus suspiros! Pero ella tambien, ¡la fementida! ¡habia jurado amar siempre á otro hombre! No importa: explicarse, satisfacerse, contentarse, darse una cita para el siguiente dia fue todo obra de un momento: el señor G.... se separó mas enamorado que nunca. Empero el diablo perturbador de su fortuna no quiso que disfrutase tanta dicha: ninguno de los dos habia advertido aquel hombre de mas que mediana edad, que adviertes con sardónica sonrisa en aquella ventana; el cual, verdadero amigo del marido en peligro ó mas bien por su propia conveniencia, habia estado acechando y sorprendido tan agradable coloquio. Fácil fue convencer á la ninfa del Llobregat del precipicio en que iba á despeñarse, prometiéndole formalmente que aquella cita no seria en manera alguna cumplida; empero el señor G.... no fue de tan fácil credulidad: negó al principio, se incomodó en seguida, y acabó por reirse persistiendo mas y mas en su interior de ser exacto á la hora prometida. Dueño el viejo del campo, se propuso gozar de los paseos de su rival: tomó plaza en el cuarto indicado y desde allí contempla muy á su sabor las idas y venidas del viajero universal, que hace tres dias acude presuroso y exacto á la hora indicada, donde es muy probable, sino desaparece su ilusion, tenga el tiempo suficiente para resolver el difícil problema de la cuadratura del círculo.»

No bien habia acabado estas palabras, cuando el viejo de las largas barbas habia desaparecido.

¿Quién podria ser? ¿el *Judío errante* tal vez? en el sitio que marcaran sus pisadas, habia siete señales en forma de cruz.... ¿Lo adivinan acaso nuestros lectores? El tiempo nos lo dirá.

Luis Miquel y Roca.

Habiendo permanecido algunos dias en esta capital de regreso para Barcelona el distinguido poeta catalan D. Víctor Balaguer; creimos de nuestro deber manifestarle la sinceridad de nuestras simpatías, y este literato tuvo á bien obsequiar á algunos de nuestros colaboradores con la siguiente composicion, que insertamos con gusto por ser una poesia de un mérito muy particular y recomendable.

A LOS SEÑORES

D. VICENTE BOIX Y D. RAFAEL DE CARVAJAL,

por la grata y lisonjera acogida que á mi paso por Valencia me han dispensado.

Allá.... si, en mi niñez, cuando el murmullo Del labio maternal me despertó,

De ronca tempestad el ronco arrullo
Mi sepulcro de mimbre estremeció.

Por beso maternal holló mi frente
El soplo del indómito huracan,
Y horas contaba mi pensar ardiente
Lentas, muy lentas, de terrible afán.

Un dia desperté.... y acá, en el pecho,
Sentí.... yo no sé qué.... quizá ambicion.—
Arrojéme á la mar.... Pobre y deshecho
En ella naufragó mi corazon.

Tendí al cielo mirada agonizante
Mis ojos se clavarón en su azul,
Y hasta quise arrancar nube ondulante
Con que vestirme en mi pensar gigante
Con su ropaje de brillante tul.

Ensueños de placer me adormecieron,
Y creí dominar la eternidad,
Mas.... revueltas las olas me trajeron
La voz de la cercana tempestad.

Sacudí mis sandalias de viajero,
A una impura Sodoma me acerqué,
Y orilla el Manzanares, extranjero,
La copa del dolor allí apuré.

Vi una ciudad de regia nombradía
En ruín hipocresía colosal,
Los mugrientos harapos de una orgía
Apiñando en su tálamo imperial.

Palenque fiel de hipócritas naciones
La vi entregarse idólatra al placer,
Y olvidando sus hechos, sus blasones,
Por alfombra de Persia en sus salones
El manto de sus reyes estender.

Los ensueños allí me adormecieron,
Tambien creí alcanzar la eternidad,
Y en su choque las copas me mintieron
La voz de la cercana tempestad.—

Soñando aun en dichas, y en amores
Las orillas del Turia visité
Y allí encontré para mis labios flores
Y á las flores mis labios acerqué.

Yo vi á Valencia alzarse blanquecina,
Mirándose del rio en el cristal,
De su Turia robando la neblina,
A sus hombros colgándola divina
Como manto de César imperial.

Y oí perdida, en su cantar explícito,
De dos liras la acorde vibracion,
Y ¡hermanos! exclamó labio solícito
Y.... ¡hermanos! repitió mi corazon.

Trovadores, mis hermanos
Los que del Turia en la orilla
Sin mezquindad, sin mancilla
Ostentais corazon leal,
Allá, en el suelo que riega
Del Llobregat la corriente,
Siempre hallareis puro, ardiente,
Un cariño fraternal.

Y allí un bardo lastimado
Por la hiel de sus pesares,
Al elevar sus cantares
Recordará vuestro afán;
Los acordes de su lira
Se juntarán á la vuestra....
No os dejará en la palestra
Que no en vano es catalan.

Unidos nuestros esfuerzos
Sigamos siempre adelante....

Cuando el pensar es gigante
Es gigante el corazon,
Que no hay diques ni hay obstáculos
Que un alma noble no venza,
Si en la frente no hay vergüenza,
Si en el pecho no hay baldon.

Y celosos abogados
De Valencia y Barcelona,
Busquemos una corona
Por cualquiera de las dos,
Y cuando no haya en el mundo
Parte alguna en que la hallemos,
Hasta el cielo subiremos
Para arrancar la de Dios.

¡Que es precisa una corona
Para engrinaldar la frente,
De Valencia la potente,
De Barcelona la leal!
Nos hace falta corona....
Luchemos, bardos, luchemos,
Y si es preciso escalemos
De ese cielo el regio umbral.

Que si hay una ciudad regia matrona
Que nos niegue su apoyo y corazon,
Nosotros robaremos su corona,
Y en nombre de Valencia y Barcelona
Jugaremos pendon contra pendon.

Victor Balaguer.

REVISTA TEATRAL.

La rueda de la fortuna.—*Lucia de Lamermoor.*—*La perla de Barcelona.*—*La entrada en el gran mundo.*—*Cuidado con las amigas.*—*El Guante de Coradino.*



ATALIDAD es, y no poca, para un periodista el tener que desempeñar la revista del teatro, residencia de todas las miserias de la vida. Pero, señor, ¿por qué nos hemos de creer obligados á escribir para cada número indispensablemente un artículo, cen-

surando el mérito de las piezas nuevas, y el que en su desempeño han contraído los actores?—Porque á la calidad de escritor público van anexas sus obligaciones, ya impuestas por las exigencias, siempre justas de la sociedad, ya establecidas por el uso; y entre los deberes de un periódico literario, es uno de los primeros el tener al corriente á sus suscritores del estado de la literatura dramática, otro de los rasgos mas distintivos de una sociedad ilustrada, al mismo tiempo, censurando á los actores sirve de vigilante, avanzado á esa misma literatura, á fin de que puesta en accion no desmerezca sus bellezas por la ignorancia, la malicia ó la negligencia de algun actor; y últimamente, sirve de trompeta á la *Fama* para publicar el nombre del poeta y del artista, añadiendo una hoja á la corona de su gloria, y favoreciendo sus intereses materiales ante las empresas de teatros.

Si al desempeñar estos deberes, tropezásemos con el orgullo de algun actor que tomase á mal una correccion hecha con todo el comedimiento é imparcialidad que nos son propios, y lejos de agradecernos el servicio que le prestamos con nuestra crítica, se desatase en necios improperios y groseras habladurías, situáramos muy alto nuestro corazon para que no llegasen á él los tiros del ofendido; y solo sentiríamos no poder complacerle con nuestro silencio, pero es bien cierto que ninguna consideracion humana impedirá que sigamos

criticando sus defectos, siempre que los cometa: la libertad é imparcialidad de nuestro juicio al escribir, no reconoce obstáculos de ninguna especie.

Empiezo por participar á mis lectores que la *Rueda de la fortuna* sigue sin novedad, siempre dando vueltas; pero como el ege sobre que gira es siempre el mismo, nunca sale de su círculo; y por consiguiente nada tenemos que añadir á lo que dijimos de esta comedia la última vez que se representó.

Lucia de Lamermoor: debut del señor Santi. *La Lucía*, cantada por la señora Villó, es cosa superior á los elogios que podamos tributarla, y por tanto nos abstenemos de hacerlos, limitándonos solo á decir que las admirables facultades de la artista obtuvieron un éxito completo, y repetidas veces arrancaron al público generales y entusiastas aplausos, especialmente en el rondó final del primer cuadro del tercer acto, que produjo sensaciones que no son para dichas. El señor Santi se presentó en escena, y desde luego nos llamó la atencion su serenidad y aplomo, circunstancias que nos hicieron augurar un debut feliz. Con efecto, no nos engañamos: tal es al menos nuestra opinion: ciertamente su voz no es lo que se llama de cuerpo, pero en cambio es una voz pastosa, afinada y manejada con gusto. Su accion es un tanto estudiada, pero no desagradable. El público le recibió bien y le probó su agrado por medio del aplauso.

La Perla de Barcelona: Esta perla es prima hermana de cierto diamante esbelto que quiso brillar hace algun tiempo sobre nuestro teatro: á lo menos nos pareció notar el aire de familia. Ello es que las joyas y piedras preciosas no prueban en este tiempo en que tan escaso anda el dinero. Sembrada de bellos escándalos, de lindos disparates y preciosas incoherencias en su language y argumento, fue tanto lo que se divirtió el público, que no creyendo suficientes las risas para espresar el placer que experimentaba, apeló á los silbidos y patadas (nuevo método de dar gritas); y es fuerza decir en honor de la verdad, que los actores se esmeraron en su egecucion, luchando heroicamente, y hasta el último momento, contra la sentencia de muerte que pesaba sobre la perla que se les habia confiado.

La entrada en el gran mundo: Esta comedia no es nueva para el público ni para la redaccion del *Fenix*: la *Mosca* hizo ya su análisis cuando se representó por primera vez. La egecucion fue muy regular: el señor Pizarroso desempeñó su papel perfectamente, así como el señor Parreño; la señora Toral estuvo feliz en el suyo, y la señorita Carrasco se hallaba situada en su verdadero terreno, como hemos dicho en otra ocasion. En cuanto al señor del Río, como que estaba encargado de un papel de galan, no podemos recomendarle por la manera como lo egecutó; pues á un gracioso de su temple no se le puede pedir la finura propia de un cortesano, de un galanteador de oficio, de un calavera de última moda.

¡*Cuidado con las amigas*! Si los actores hubieran sabido sus papeles, nos hubiéramos divertido mas; sin embargo no tenemos nada que echarles en cara.

El guante de Coradino: ¡Hoooooooooooooooooooo! No hacemos en esto sino repetir la exclamacion del público.

Se nos ha dicho que la empresa trata de poner en escena el gran terceto, ó sea segundo acto de la ópera *Guillermo Tell*, con el objeto de lucir la magnifica decoracion que pintó el señor Aranda para el drama que lleva el mismo título.

Aviso importante y nuevo. *Se está ensayando para egecutarse A LA MAYOR BREVEDAD* las piezas nuevas tituladas: *Cuando se acaba el amor*, y *Pedro Fernandez*.

J. A. Almela.

Director literario: D. Rafael de Carvajal.

MIL Y UNA NOVELAS. Cada entrega de 64 páginas UN real para los señores suscritores y DOS para los que no lo son.

Valencia: imprenta de D. Benito Monfort, plaza del Temple.

Biblioteca Nacional de España